

# DISPERSIÓN DE LA EPISTEMOLOGÍA <sup>1</sup>

Alejandro Ramírez Figueroa  
Universidad de Chile

## I. La tesis de la dispersión

**RE** El origen, desarrollo y consolidación de la epistemología contemporánea, a comienzos del siglo XX, estuvieron ligados a la formación de un fuerte consenso, único y definido, en torno a lo que debían ser los temas, problemas y métodos de aquella. Dicha unidad consensual, de rasgo logicista, dio forma reconocible y diferenciable a la pregunta por la naturaleza del conocimiento científico, en una reformulación y especificación de lo que había sido la teoría del conocimiento desde el inicio del pensamiento moderno. El consenso logicista, expresado en el neopirismo y en el análisis, logró dar una figura unitaria a la disciplina a través de la lógica, lo que significó que las teorías científicas fueran entendidas como conjuntos de enunciados conectados entre sí en términos de inferencias válidas, esto es, con una estructura claramente axiomatizada. La pregunta por la naturaleza del conocer se convirtió de esa manera en la interrogación acerca de las condiciones que debía cumplir un enunciado para ser significativo. Por otra parte, se concibió que toda explicación científica debía ser reducible a una estructura deductiva y, en fin, la epistemología debía ser en su conjunto una “Lógica de la experiencia”. Este modelo regulador de todo lo que era epistemológicamente planteable hizo crisis por sus propios planteamientos internos, especialmente por la dificultad de aclarar su tesis principal, cual era la de la relación de verificabilidad y significado de los enunciados, y se produjo, entonces, a fines de la década de 1970, la revolución kuhniana. Con ella, el antiguo consenso logicista se desfigura y es reemplazado en parte por un nuevo elemento aglutinador: la historicidad de la ciencia. Eso condujo a que el problema central para la filosofía de las ciencias ya no fuera la pregunta por la naturaleza de las relaciones entre enunciados, sino los elementos contextuales que entran en juego para descubrir,

<sup>1</sup> Este artículo es parte del trabajo realizado en el proyecto de investigación *El problema de la dispersión actual de la epistemología: manifestaciones, causas y sentido*, financiado por el Departamento de Investigación y Desarrollo de la Universidad de Chile para los años 2001-2003.

mantener o cambiar una teoría fáctica. La epistemología tiene que hacerse cargo de algo que había sido dejado de lado: una “lógica del descubrimiento”, problema ahora tan válido como la lógica de la justificación de hipótesis. El interés se vuelve al análisis de los casos concretos de teorías, por lo que la historia se convierte en la categoría central de la filosofía de las ciencias. En el logicismo apenas si se empleaban ejemplos de lo que se hablaba. El interés no estaba centrado en cómo se llega a las hipótesis, sino en cómo se las contrasta una vez que se las posee<sup>2</sup>. Pero en los últimos 20 ó 25 años, no es fácil precisar esa fecha, este nuevo consenso, más débil en todo caso que el primero, también perdió su fuerza.

Se plantea en este artículo la siguiente tesis compuesta por tres elementos: a) La epistemología actual, entendiéndola por ella la que se ha desarrollado aproximadamente desde la década de 1975 ó 1980 hasta hoy, y que cubre la filosofía de las ciencias, la filosofía del lenguaje, la filosofía de la mente, presenta una dispersión temática y metodológica creciente, lo que significa que se desarrolla sin ningún referente único, central y fuerte que dirija y aglutine su tarea al estilo como lo hacían los dos consensos iniciales. ¿Pero, puede una disciplina cualquiera ser tal sin ningún referente que defina el conjunto de problemas que, justamente, la deberían determinar? ¿No es precisamente el referente el que da su figura distinguible a una práctica? ¿Cuáles son las posturas en la misma epistemología actual respecto de dicho fenómeno de diseminación? b) La respuesta que se explorará en este trabajo es que la dispersión constatada no es absoluta, sino que ha llegado a poseer una figura especial, la forma de una “Red de problemas”. Lo anterior significa, entonces, que la epistemología cambió de naturaleza. En la sección II de este escrito se responderá a las preguntas planteadas en a) y en las secciones III y IV se abordará la cuestión b) La sección final, V, explicita algunas conclusiones de esta propuesta.

## *II. Dos posturas sobre el fenómeno de la dispersión*

Lo que llamo dispersión es un fenómeno que se ha venido reconociendo desde hace ya un tiempo. Así, por ejemplo, Moulines escribe:

“Hace veinte o treinta años estaba bastante claro (al menos en los países anglosajones) lo que era hacer filosofía de las ciencias, cuáles eran sus métodos y los problemas básicos y las soluciones que se podían esperar. En los años recientes ciertamente ha crecido el número de profesionales dedicados a la filosofía de las ciencias, el número de publicaciones, congresos y coloquios internacionales (...) pero la contrapartida ha sido un sentimiento creciente de desorientación y confusión” (Moulines 1982, p. 41).

<sup>2</sup> En el debate entre Mill y Whewell sobre la inducción fue claramente planteado el asunto del descubrimiento, al igual que lo hizo Peirce con su propuesta abductiva. Pero ello fue desconocido por el primer consenso, el del neopositivismo y del análisis.

En 1985, el Minnesota Center for Philosophy of Science organizó un simposio con el propósito explícito de analizar el fenómeno de la falta de consenso en la epistemología reciente. El problema era, afirma Wade Savage, editor de las actas del encuentro, saber si en el estado actual de diversidad de enfoques y teorías acerca de la ciencia era posible advertir si estaba o no emergiendo algún nuevo consenso (“consensus”) unificador de la disciplina, luego de que el “antiguo”, el neopositivista, representado por Russell, Carnap, Reichenbach, Hempel, entre muchos, fuese criticado y disuelto después de Kuhn, Quine, Hanson o Feyerabend. La pregunta abarcaba tres cuestiones básicas: el concepto de explicación, la naturaleza de las teorías y el problema de la justificación de teorías. La conclusión del simposio, al menos claramente para los dos últimos problemas, fue que no. La idea de teoría científica fáctica, por ejemplo, de ser concebida como una estructura axiomática en el consenso logicista, ha terminado hoy siendo reconocida solo como:

“Una amorfa entidad consistente quizás en sentencias y modelos, pero de modo importante también de ejemplares, problemas, standards, destrezas, prácticas y tendencias” (Savage 1990, p. vii).

La misma falta de consenso es advertida por Savage respecto de qué se entiende hoy por confirmación de teorías: ¿alto grado de probabilidad de los enunciados basados en la evidencia?; ¿o la mejor explicación de esa evidencia? Mas, ¿pueden las teorías ser confirmadas o es mejor preguntar por su descubrimiento o aceptabilidad? En general, más allá del problema puntual de las teorías, Savage apunta que :

“La otrora dominante concepción de la filosofía de las ciencias como el análisis lógico y reconstrucción de la ciencia es considerada en general como moribunda y ninguna concepción comparable la ha reemplazado. La filosofía de las ciencias ha llegado a ser excesivamente amplia y diversa” (Savage 1990, p. viii).

Es posible distinguir al menos dos actitudes contrapuestas respecto de la existencia y alcances del fenómeno dispersivo.

A) La primera actitud es sostenida por quienes desconocen simplemente el fenómeno, lo que equivale a afirmar que sí existe un consenso hoy para la filosofía de las ciencias. Es el caso de Richard Boyd y, en cierto modo, de algunas ideas de Paul Churchland. Sostiene Boyd (1993) que el nuevo consenso está definido por el conjunto de los temas o problemas siguientes: la aparición de un nuevo realismo y neokantismo; la concepción naturalista o causal de la referencia; naturalización de la epistemología; crítica a la idea humeana de causalidad y a la teoría de la ley cubriente; un énfasis en el aumento del rol de la historia de la ciencia; la emergencia de muy diferentes actitudes en las epistemologías especiales de las ciencias (filosofía de la biología, de la física, de las ciencias sociales, etc); una reevaluación postpositivista de la física. Pero, ante tal diversidad, Boyd aclara que este nuevo consenso es mucho más complejo que el logicismo y que no es doctrinario, sino más bien metodológico, en cuanto identifica tres grandes enfoques: realismo científico, un neoconstructivismo

kantiano y un empirismo postpositivista. (Boyd 1993, pp. xii y xiii). No obstante, no es claro cómo esos enfoques operan efectivamente como consenso, en cuanto una unidad que determine la disciplina. Es más, el reconocimiento de que no hay una doctrina sino solo temas, parece ayudar poco a suponer que efectivamente la epistemología ahora es guiada por un marco claro y único. Decir que un “empirismo postpositivista” es un aglutinante resulta demasiado vago.

Algunos autores, como Paul Churchland (1990), o como Alvin Goldman (1986), han propuesto que podemos encontrar un nuevo referente para la epistemología en la perspectiva cognitiva acerca de las ciencias. Solo desde allí, y en especial desde una sicología de la cognición, parecería ser lícito hoy tratar de comprender el fenómeno del conocimiento. ¿Puede, realmente, la filosofía de la ciencia cognitiva llegar a ser ese tercer consenso? La dificultad de esta posibilidad, que en realidad es bastante plausible, estriba en que la naturaleza misma del enfoque cognitivo hace dudar, puesto que hay una relación no aclarada del todo entre filosofía de las ciencias y filosofía de las ciencias cognitivas. Esta última se ocupa de la cognición, cuestión que es más amplia que el fenómeno del conocimiento. En ese sentido, la filosofía de las ciencias en general sería un caso de la filosofía de la ciencia cognitiva. Pero, a la inversa, ocurre que la filosofía de la ciencia cognitiva puede ser considerada como filosofía de una cierta ciencia en especial, la ciencia cognitiva, por lo que, a su vez, sería una parte de la filosofía de las ciencias. Esta mutua inclusión revela que la relación entre ambos campos no permite seguir, por el momento, mucho más allá por ese camino.

B) La segunda actitud es contraria a la recién analizada. Consiste en aceptar el hecho de la dispersión pero, junto con ello, deducir de allí la declinación inexorable de la epistemología. Pero ello supone, es claro, que la figura de una disciplina intelectual depende completamente de su estructura consensuada, a tal punto, que sin ella no puede subsistir. A la crisis del consenso deberá sobrevenir la crisis de ese campo de estudio. Un primer filósofo muy representativo de esta postura es Richard Rorty (1982, 1999, 1991, 1989). Su idea central es que la cuestión de la naturaleza del conocimiento fue el núcleo de la filosofía moderna y de que la epistemología nació sobre la base del consenso representacionista. Ello significó postular que hay un conjunto de temas y problemas claros, definidos y perdurables, que dan forma y definen la disciplina encargada de revelarnos en qué consiste conocer. Ejemplos de tales problemas eran la dupla sujeto-objeto, lenguaje-mundo y la idea de que la mente puede representar un mundo preexistente, allí fuera, esperando para ser reflejado en el espejo de la mente. Así, la filosofía se constituye como la instancia capaz de encontrar los fundamentos de las ciencias.

Pero esa unidad basada en la idea realista y representacional del conocer –afirma Rorty– se ha perdido y hoy, reconoce, reina una multiplicidad tal que es muy difícil decir en qué consiste la filosofía. Fue una ilusión de la modernidad la existencia de una disciplina unitaria llamada teoría del conocimiento, que debía ocuparse de aclarar en qué consistía la ciencia, tarea que era posible dado que se concebía que había un mundo en sí mismo que puede ser representado por la mente y un correspondiente método adecuado para ello. Pero, pasado el momento de esa ilusión moderna,

aparece claro que no hay tal mundo en sí que representar ni estándares universales compartidos para hacerlo. Entonces, no tiene sentido ninguno tratar de alcanzar acuerdos sobre métodos y problemas. No hay soluciones distintas a un fondo de temas y problemas constantes; solo hay una dispersión y siempre nuevos problemas. Así, la filosofía no sería sino un método literario: los textos comentan otros textos, por lo que no pueden ser evaluados de acuerdo con su supuesta capacidad de representar, como un espejo, fielmente la realidad. La sentencia socrática: “Todo tiene que ser inteligible para ser bello” implica que el intelecto puede representar una “naturaleza intrínseca”. Así, entonces, según el neopragmatismo de Rorty, creer no es creer “en algo”, sino solo afirmar ciertas reglas de acción y solo así hay que juzgarlas (Kolpokas 1999). Afirma Kolpokas:

“Rorty observa que, a pesar de los reiterados esfuerzos del positivismo lógico, en las áreas centrales de la filosofía analítica hay ahora tantos paradigmas como departamentos de filosofía. Esto es: “No hay consensos sobre cuál es el quehacer filosófico interuniversitario paradigmático” (...) Según Rorty, la actual filosofía analítica sólo tiene una unidad estilística y sociológica consistente en el ejercicio vacío de una técnica argumentativa al servicio de, en principio, cualquier tema de discusión” (Kolpokas 1999, p. 261).

Es fácil advertir la conclusión que se aproxima. Detengámosla un momento todavía y fijémonos en este texto de Rorty, en el que aparece el texto citado por Kolpokas, que describe la situación actual de la filosofía en Estados Unidos:

“Hubo momentos estelares en los que la filosofía, o al menos la filosofía del lenguaje, parecía tener futuro. Todos tuvieron su eclipse. Hoy en día no hay más consensos sobre cuáles son los problemas y los métodos de la filosofía del que había en Alemania de 1920 (...) Aunque la mayoría de los filósofos son más o menos “analíticos”, no hay consenso sobre cuál es el quehacer filosófico interuniversitario paradigmático ni tampoco sobre cuál es el listado de problemas centrales. La mayor esperanza de un filósofo americano es la promesa de Andy Warhol: todos podemos ser superestrellas, al menos durante quince minutos” (Rorty 1982, pp. 302, 303).

El argumento, en consecuencia, de Rorty es el siguiente: la existencia de la epistemología es función de su compromiso con el supuesto de que hay esencias que el conocer puede representar y para lo cual posee consensos y métodos fuertes y diferenciados. Puesto que se ha descubierto que ese supuesto era falso, entonces Rorty concluye que la jungla de la epistemología está agonizando.

A una conclusión semejante arriban otros pensadores, como Charles Taylor (1995), para quien hay que, incluso, “matar la Hidra de la epistemología”. O, también, P. Feyerabend (1981), habla de la muerte de la disciplina, aunque por razones contrarias a la de Rorty. Esa muerte se debería a que se perdió la diversidad existente hasta el logicismo. Así, la decadencia de la filosofía de las ciencias tendría que ver justamente con la desaparición de una sana diversificación de temas y métodos para cambiarla por una unificación artificiosa y estéril. Según Feyerabend, desde el Renacimiento se venía consolidando una proliferación espléndida en cuanto a la diversidad

de métodos en la ciencia y en la filosofía. Pero, al llegar al siglo XX, eso cambia y la epistemología se convierte en una disciplina especial, especializada, con estándares de racionalidad bien definidos y una poderosa herramienta a la que hace propia: la lógica. Así se conformó el “análisis lógico” del conocimiento. Dicha metodología, que es la del positivismo lógico, en la que Feyerabend incluye a Popper, a Lakatos y aun a Kuhn, no es racional, pues no hay estándares comunes que se apliquen a toda la diversidad histórica de las ciencias. Por ello, la “señorita Razón”, pierde su lozanía, envejece y se convierte en una desdentada mujer, según la expresión de Feyerabend. En suma, y a diferencia de Rorty, reconoce y defiende la dispersión y asocia la decadencia epistemológica más bien a lo contrario, a sus proyectos de unificación. Sin embargo, sus análisis no dan una mirada a lo que precisamente sucede hoy en día con este problema. Pareciera como si toda diversificación hubiese muerto con el consenso logicista, lo que es manifiestamente falso, puesto que, después de quebrados los enfoques neopositivistas e historicistas lo que queda, justamente, es la dispersión.

### III. La epistemología como red de problemas

A estas posturas de cataclismo propongo estas dos observaciones: a) del hecho de que una disciplina determinada, en este caso la epistemología, no esté regida por un enfoque hegemónico que determine absolutamente todos sus problemas, no se sigue, al menos necesariamente, que esa disciplina esté muerta. La física, por ejemplo, *pace Kuhn*, desde Galileo hasta hoy ha llegado a un alto grado de diversidad de planteamientos y teorías válidas para diferentes niveles de aplicación, sin que por ello haya desaparecido como disciplina; b) una diseminación completa, como la que parece imaginar Rorty, podría terminar efectivamente por deshacer la figura de la disciplina; pero no es el caso. Si la dispersión solo fuese una pérdida del núcleo en torno al cual organizar la disciplina, Rorty, Taylor tendrían razón. Menos plausible parece la idea de Feyerabend de que es la unidad la que sea causa necesaria de la decadencia de una disciplina, puesto que, por lo menos al nacer, una ciencia o una filosofía difícilmente puedan no presentar alguna unidad en torno a alguna idea fuerte y central que la guíe. Postulo que la epistemología, al dispersarse de hecho, no ha desaparecido, sino que ha sufrido una transformación en su naturaleza y se ha convertido en una red de problemas, red que recoge los restos de los dos consensos del siglo XX y de todas las demás manifestaciones libres de ellos. En realidad, posturas como las de los autores señalados son más bien una predicción, un deseo incluso, más que una observación del estado de las cosas. Esta tesis de la transformación de la naturaleza no significa defender la idea de que una disciplina sea inexpugnable, que no pueda decaer o desaparecer. Solo se afirma que esos sucesos no están ligados necesariamente ni a la unidad ni a la dispersión en sí mismas.

¿Cuál es, entonces, la figura de la dispersión? La primera imagen que puede responder a ese concepto es la que se grafica con un conjunto de puntos inconexos. Pero, si lo que hay que representar, además, es el paso de una disciplina unificada a otra dispersa, entonces el conjunto aleatorio de puntos no da cuenta de cómo se llegó a ese estado. Tal representación correspondería a la dispersión rortiana, un conjunto

absolutamente sin conexión, lo cual no puede ser el estado de la epistemología. Por ello esta imagen no es satisfactoria.

Una segunda representación posible es la de una línea que, a partir de un punto, se abre en un haz hacia distintas direcciones. Esta imagen es un adelanto respecto de la anterior, porque da cuenta del paso desde un estado unitario y consensual, el logicismo y el historicismo, a la apertura en direcciones distintas de distintas posturas. Sin embargo, esta idea tampoco es satisfactoria pues en el haz las líneas no se tocan; los enfoques y problemas epistemológicos serían, así, todos completamente independientes, lo cual también avalaría la idea rortiana de dispersión. Además, posee un rasgo de regularidad, representada por la homogeneidad de las líneas divergentes, que no se ajusta a las diferencias en la epistemología actual, bastante heterogénea en sus propuestas.

Hay que buscar, pues, otro modelo representativo. En vez de un haz podemos acudir a la imagen de un árbol, con su ramaje a partir de un tronco consensual común. Ganamos en heterogeneidad; en vez de líneas divergentes tenemos ramas, que crecen en diferentes direcciones con distintos grosores. Es un acercamiento, sin duda, pero aún insuficiente, por cuanto en un árbol las ramas, como las líneas en el haz, tampoco se cortan. Y esto último indicaría que entre los temas y problemas de la epistemología no hay ningún contacto. Se debe, entonces, abandonar también esta idea.

Llegamos, así, a otra metáfora, que soluciona al parecer los inconvenientes que se ha señalado. La figura de una malla, de una red, muestra un avance por sobre lo anterior. En efecto, la malla tiene una interconectividad completa entre nudos. Sin embargo, hay que desechar algunas características posibles de ciertas redes que tampoco nos acercarían lo suficiente a la imagen que buscamos. Porque, en rigor, puede haber estructuras en red que se organicen de tal manera que confluyan a un centro. Es la imagen usada por Quine y Lakatos para pensar la naturaleza de las teorías científicas. Hay un núcleo duro de la teoría a partir del cual hay conexiones cada vez más alejadas de él, hasta llegar a las partes que entran en contacto con la experiencia y que protegen el núcleo. Por otro lado, una red, como la de un pescador, puede estar construida con una estructura de tamiz regular, lo cual nos vuelve a la idea de un haz perfecto de líneas que se alejan de un centro. Esa no es la dispersión que caracteriza a la epistemología actual. Su regularidad no calza con lo que se requiere.

De lo anterior se puede afirmar que la imagen más cercana para ser una buena representación de la dispersión es la de una red, pero sin centro hegemónico, sin jerarquía, con su tamiz no regular y, por lo tanto, con sus interconexiones de longitud variable. Pero, además, se requiere que esa red no sea completa; no todos los nudos están regularmente conectados. Por último, la red así configurada debe ser abierta, con algunas líneas que no acaban en ningún nudo especial, lo que indica que la red está en crecimiento. Los nudos de esa red heterogénea y abierta son los problemas, conceptos, temas o enfoques epistemológicos; las líneas que las unen representan las relaciones y cruces diversos que se pueden dar entre enfoques y problemas.

La red de problemas posee dos grados de dispersión: a) extensión, y b) interconectividad.

a) La dispersión se expresa en la gran variedad de nudos de problemas, temas y enfoques (nudos de la red). Después de la década de 1980, es posible constatar la extensión temática de la epistemología y que no muestra un consenso doctrinario ni metodológico preponderante. Hoy coexisten en términos de igualdad temas, problemas, enfoques, métodos que son desiguales entre sí, de distinto alcance, algunos practicados por muy pocos y otros que alcanzan a conformar un enfoque común. Así, en un catastro provisional, se puede considerar la presencia simultánea y desjerarquizada de los siguientes temas, enfoques y problemas:

- He allí las diversas tendencias de la filosofía de la ciencia cognitiva, ella misma multidisciplinaria. En la filosofía de la mente confluyen desde posturas defensoras de la imagen computacional de la mente, esto es, los enfoques basados en la sintaxis, hasta la preeminencia del carácter intencional de las acciones humanas y de los pensamientos y creencias, esto es su carácter semántico.
- Tal como lo señalaba Richard Boyd (sección I), las epistemologías especiales han alcanzado una extensión extraordinaria y nada parece limitar los temas posibles de someter a un análisis epistemológico. He allí, por ejemplo, que avanzan ahondando sus propios asuntos, la actual filosofía de la física cuántica (por ejemplo, Lee Smolin, Jean Marc Lèvy-Leblond, B. d'Espagnat, A. Fine y muchos otros), la epistemología de la biología y, dentro de ella, las discusiones hiperespecializadas de la filosofía de la teoría evolucionista, como M. Ruse, Gould, D. Dennett, etc. Pero, aparte de esos temas, que son recurrentes, aparecen nuevos problemas pendientes: el tema de la borrosidad (Kosko, Williamson, Tye, etc.) en el límite entre la lógica *fuzzy* y la vaguedad epistémica y ontológica; la cuestión de la complejidad en física y sus problemas sobre la naturaleza de la fractalidad, y la producción de orden a partir del desorden. El problema del papel de la imaginación en la construcción de teorías (por ejemplo, Wagensberg), es otro campo muy abierto. La epistemología de las ciencias sociales, después de mucho tiempo enfrascada en tratar de diferenciar “análisis” de “humanidades”, de explicación y comprensión, parece hoy encontrar puntos de encuentro que se pueden convertir por fin en teorías adecuadas (D. Little, B. Fay R. Moon.). Dentro de ese mismo campo hay mucha dedicación a la epistemología de la economía, a tratar de entender, por ejemplo, si hay “cosas naturales” en la economía. Por esta vía se puede llegar incluso a las fronteras, como son, por ejemplo, las epistemologías de la medicina (A. Caplan). Todo esto constituye una ampliación temática de la disciplina hacia campos del saber muy distintos entre sí. Hay que notar que todo este conjunto se lo ha reunido bajo el mismo punto, en cuanto son “filosofías de”, acerca de ciertas ciencias concretas; pero, hay que observar que, fuera del hecho de ser filosofías específicas de una ciencia, no hay en verdad ninguna suerte de estructura o jerarquía entre los diversos temas. Mientras más se disperse la ciencia, más aparecerá la necesidad de preguntas de filosofía acerca de esas ciencias.
- Una disputa central en estas últimas décadas ha versado acerca del realismo. He allí amplios debates de los críticos al realismo metafísico, como Feyerabend, Putnam, Fine, van Fraassen, Laudan o toda la corriente del constructivismo radical, (ejercido en la sicología, principalmente) o la nueva sociología de la ciencia, con S. Woolgar,



- D. Bloor o B. Barnes, etc. Contrariamente, filósofos como R. Boyd, J. Searle o I. Hacking, por ejemplo, entre muchos en verdad, abjurán fuertemente de ello.
- Pero, junto con todo eso encontramos los renovados enfoques del historicismo postkuhniiano, esto es, las transformaciones del segundo gran consenso. Debates centrados en esto son, por ejemplo, los de Newton-Smith, o el mismo Larry Laudan; o la crítica de Fodor y D. Shapere, o los argumentos a favor de Stephen Stich, al menos en ciertos aspectos. Por otro lado, en el interior mismo del historicismo, se observa hoy aún vigente un conjunto de enfoques muy diversos: los paradigmas, de Kuhn; los programas de investigación, de Lakatos; las teorías globales o no-instanciales, de Feyerabend; los dominios de investigación, de Shapere; las prácticas consensuadas, de Kitcher; el análisis de los “themata”, de Holton, y todavía otros más.
  - Pero, así como el segundo consenso sigue vigente en cierto grado, aunque no como tal, sino solamente como un enfoque más entre muchos, lo mismo ocurre con el primero, con el empirismo lógico. Se puede considerar allí toda la discusión acerca de la naturaleza de las teorías, desde la sintáctica hasta la semántica de van Fraassen; se continúa, pues, con los viejos temas: la naturaleza de la explicación, la causalidad, las críticas a Hume, el método hipotético deductivo, el concepto de observación, de legalidad, de contrastación empírica de enunciados, la naturaleza y posibilidades de los reduccionismos, etc.
  - A lo anterior se suma el interés por comprender el fenómeno del descubrimiento en ciencias, cosa que tiene que ver con el tema del rol de la imaginación, que mencionaba anteriormente. Allí se encuentran, por ejemplo, los análisis de T. Nickles o Herbert Simon. Una vez sobrepasado el consenso logicista, que condenó el contexto reichenbachiano de descubrimiento como algo ajeno a la epistemología, hoy ha vuelto con mucha decisión a ser considerado, hasta convertirse en un tema central de la disciplina. El tema, cuyo origen contemporáneo quizás pueda retrotraerse a la idea de abducción de Peirce, fue retomado y repensado por Hanson en la década de 1960 y continúa hoy motivando a muchos filósofos con la idea de encontrar algo así como una lógica del descubrimiento.
  - En 1963, en U.S.A., Gettier introdujo una fuerte crítica a cierta concepción del conocimiento, según la cual éste es finalmente una creencia, pero restringida por dos condiciones: que sea verdadera y que sea justificada. El problema es que es posible encontrar contraejemplos de creencias justificadas que han resultado falsas. Todo esto ha conducido a debates en torno a la cuestión (por ejemplo, R. Shope, Garthe, Gordon, entre otros) y ha producido teorías alternativas, tal como la teoría condicional del conocimiento, elaborada por Nozick, en respuesta a Gettier.
  - La epistemología ha comenzado a explorar un lugar fronterizo: la racionalidad tecnológica. Ha comenzado a interesar la diferencia entre modelos de racionalidad científica de las tecnológicas y, por esa vía, ampliar los intereses hacia el concepto, ajeno hasta ahora, de “conocer técnico”. Por ejemplo, F. Broncano, J. Aracil o el mismo D. Dennett quien enfrenta la idea de evolución orgánica en similitud con el de “diseño” de aparatos técnicos.

- Otros muchos temas y problemas se presentan en esta situación; por ejemplo, las discusiones actuales sobre escepticismo; la cuestión del relativismo cognoscitivo, las teorías sobre los conceptos o zonas limítrofes, como son la teoría de la argumentación que se relaciona con el problema de la inducción en el descubrimiento de conocimientos (S. Toulmin); la epistemología naturalizada (Quine); el enfoque evolucionista del conocimiento (Toulmin).

Este catastro no es exhaustivo. Pero, más importante que eso, no puede ser exhaustivo ni tampoco jerarquizado mucho más allá de lo expuesto. Por ello, seguramente, el lector encontrará aquí y allá que falta o sobra algo. Pero, precisamente, esta es la naturaleza del problema; la dispersión no permite estructurar, jerarquizar y reducir a uno, dos o tres grandes enfoques. El catastro muestra la naturaleza de la dispersión; porque no se trata solo de diversidad de problemas, ya que ello también es una característica de cualquier disciplina y, claro, de los consensos. Así, en el logicismo es enorme la cantidad de cuestiones y enfoques y posturas, solo que allí todos esos temas y problemas eran planteados “desde” un centro común: el enfoque lógico. En cambio, en el catastro ejemplificado, cada tratamiento de los problemas no muestra la dependencia de un centro fuerte y director. Es más, como lo mencionaba más arriba, cada ítem del catastro reúne los temas y autores en forma no necesaria; alguien perfectamente puede reordenar todo ello en función de otro criterio. Cada ítem no es una categoría; solo muestra un conglomerado de problemas que poseen más o menos un “aire de familia” wittgensteiniano. Y esto tiene que ver con el segundo, y más importante, sentido de la dispersión: la interconexión de los problemas.

b) La dispersión, ejemplificada en el catastro anterior, constituye sin embargo una red, una malla, cuyos puntos de unión son justamente los diversos temas, problemas, conceptos, enfoques, métodos y autores que hemos tentativamente nombrado. La existencia de esa red conceptual se prueba solo por el hecho de que es posible encontrar para cada tema, problema y autor de un ítem, conexiones, a veces impensadas, con otros temas o métodos de otros casilleros. Solamente voy a ejemplificar aquí algunos casos que me parecen más ilustrativos y porque describen posturas epistemológicas recientes.

1. El neoestructuralismo. Esta postura, que trata específicamente acerca de la naturaleza de las teorías científicas, puede ser comprendida como un enfoque que se constituye por el contacto entre varios puntos de la red; toma de cada punto o nudo de la malla relaciones de fuerza disímil. Sneed, Stegmüller, Moulines han elaborado, especialmente para las teorías físicas, un intento de imagen alejada ya de la concepción del viejo consenso logicista, que las entendía como una estructura axiomática, esto es, solo como un conjunto de enunciados interconectados deductivamente. El proyecto consiste, como puede verse en Moulines (1982, 1991), en investigar la estructura de las teorías, y en esa estructura confluye lo siguiente: la vertiente logicista, por cuanto se supone siempre que una teoría de la física posee una estructura lógica, incluso axiomática. Pero, tal propuesta se conecta con otro punto de la malla, aquel que representaba el consenso contrario al viejo logicismo, al

historicismo, en concreto. Ello está dado por la idea de que una teoría es efectivamente un conjunto de enunciados, pero entre ellos parece que hay que incluir algunos cuyo papel es representar ejemplos de aplicación de la teoría, los “ejemplares” kuhnianos. Moulines (1982, pp.66 y ss.) muestra cómo una teoría ya no puede ser concebida como el conjunto de los axiomas más sus consecuencias lógicas. Hay que agregar otros enunciados: los que cumplen el papel de condiciones iniciales (necesarios para deducir una implicación contrastadora) y aquellos que mentan resultados de la aplicación de las teorías. Y estos últimos son enunciados eminentemente empíricos. Los casos de aplicación de la teoría son, entonces, parte misma de la teoría. Lo empírico se mete dentro de lo teórico. Pero, además, el nudo historicista está presente también en otro aspecto: los neoestructuralistas no hablan de reconstruir la estructura de las teorías físicas en general: su proyecto es, en este aspecto, historicista. La reconstrucción va dirigida a comprender teorías físicas particulares, reales, como por ejemplo, la mecánica clásica. La estructura rescatada de esa teoría clásica se constituye para Moulines en una red teórica que, además, evoluciona, y cuyo desarrollo histórico se puede seguir de cerca. Otro caso que analiza, dicho en sus términos, que “reconstruye” en su estructura teórica, es el caso de la termodinámica (Moulines 1982, capítulos 2.5; 2.6; 2.9 y 2.10). La idea de teoría, pues, concentra los siguientes elementos, que sobrepasan completamente la visión sintáctica: una teoría contiene un predicado conjuntista que define los axiomas de la teoría, que fija los modelos, más condiciones de ligadura entre modelos; ello constituye el “núcleo” de la teoría. Tal unidad corresponde a lo que Kuhn llamaba “paradigma”, esto es, una estructura omniabarcante y no cuestionada por los científicos en la práctica normal. Este núcleo es la parte más “dura” de la teoría, lo cual nos lleva a conectar esta teoría con otro punto lejano y ajeno, en principio: la idea de Quine acerca de la relación núcleo y periferia de las teorías. Pero hay más; esta tendencia se conforma también mediante otra conexión en la extensa red de problemas epistemológicos: la visión semántica de teorías defendida por Bas van Fraassen. Para este filósofo el “núcleo” de la teoría no la agota, pues forman parte de ella, también, los modelos, los casos a los que la axiomática se aplica. Así, el modelo ejemplar del sistema solar no es una “mera” aplicación de la teoría del movimiento newtoniano; es parte de la teoría misma. Ello, a su vez, es, como dije, tributario de la idea kuhniana de “ejemplar” de la teoría. Este historicismo de la reconstrucción lógica de la teoría queda expresada así en palabras de Moulines:

“Para averiguar cuáles son exactamente las aplicaciones paradigmáticas no puede recurrirse a un criterio formal. Hay que acudir a la “biografía” de la teoría, es decir, hay que tener en cuenta aspectos históricos pragmáticos. Hay que ver cómo nació la teoría, cómo evolucionó, qué aplicaciones sirvieron de ejemplos distinguidos para hallar nuevas aplicaciones. Este es uno de los sentidos en que la historia de la ciencia es relevante para la filosofía de la ciencia” (Moulines 1982, p.85).

En esta breve investigación acerca del estructuralismo se ha encontrado, entonces, que, por ahora, esta tendencia es producto de una conexión múltiple, por lo menos con los siguientes puntos de la red: el análisis historicista para comprender las

teorías; una filosofía de la física determinada; la idea de Quine de núcleo-periferia; el enfoque semántico de las teorías y el logicismo heredado de la concepción enunciativa de las teorías. Nada es posible decir a priori acerca de cuáles son los puntos de la red que se unen para dar forma a una tendencia, concepto o método determinado.

Pero, hay otro aspecto puntual que conviene resaltar de inmediato: el carácter de red de problemas, como lo he venido llamando, queda representado por el hecho de que si se parte por otro punto de la malla, se debiera llegar también al punto inicial, en este caso, a la propuesta estructuralista. Por ejemplo, si se parte de la historicidad de los problemas epistemológicos, sin duda que el enfoque neoestructuralista será un punto de contacto, será parte de lo que se debe considerar. Si lo que se analiza son las posturas actuales en filosofía de la física tendrán que considerarse los puntos de interconexión correspondientes al historicismo, a la concepción semántica de las teorías y, lo que resulta aquí de mayor interés, tendrán que producirse conexiones nuevas, a las que el neoestructuralismo en principio no tenía por qué acceder. El resultado, como se ve, es el de una interconexión abierta e indefinida.

2. Siempre es posible, en consecuencia, construir “subredes de problemas” dentro de la malla extensa. Por ejemplo, una subred muy pequeña la forma el análisis de Arthur Caplan (1990). Su investigación está dentro de las llamadas epistemologías especiales o de ciencias especiales, como lo afirmé en el aspecto a) de la dispersión, y trata de una epistemología de la medicina. Caplan alega que la enorme variedad que está alcanzando la epistemología actual se centra solo en los aspectos teóricos de las ciencias; en el caso del área biológica, solo en la teoría de la evolución, en la genética etc., descuidando aspectos prácticos como la inmunología, por ejemplo. Pero ello inmediatamente nos pone en contacto con otro punto de la red: la cuestión de la racionalidad técnica. Porque lo que él hace es analizar la estructura, como disciplina médica, de la nefrología. Y ello lo lleva a describir desde la historia de la técnica de la diálisis hasta las batallas “sociológicas” llevadas a cabo en las diferentes propuestas económicas y técnicas para solucionar mejor el tratamiento de las enfermedades del riñón. Caplan, con esto, trata de atacar una tesis recurrente: que hay una diferencia fundamental entre ciencia y técnica. Su método es el historicista concreto; no trata toda técnica o la ciencia en general, sino una en especial, para de ella obtener luego relaciones entre razón técnica y razón teórica, entre lo que es un “experimento” y lo que es una “terapia” y de cómo los límites de tales prácticas no siempre son claros. Filosofía de la medicina; filosofía de la racionalidad tecnológica; enfoque analítico histórico son los tres nudos de esta red pequeña.
3. La teoría de Paul Thagard (1992) es otro ejemplo de entrecruzamiento de problemas. Su tesis consiste en continuar lo que Kuhn comenzó y dejó –según él–, inconcluso. Kuhn inauguró el problema del cambio conceptual, de lo cual se sigue inmediatamente la pertinencia de los análisis históricos. Sin embargo, no teorizó concretamente acerca del cambio conceptual mismo. Thagard elabora una teoría de esas transformaciones en las ciencias fácticas sobre la base de los desarrollos de las ciencias cognitivas, de la idea de IA y de la epistemología de la psicología. En tal esquema también cobran importancia central los nudos correspondientes al

descubrimiento y a la explicación. Así, la teoría de los conceptos se relaciona con la teoría de la explicación, y la teoría del cambio conceptual con la idea de descubrimiento. El problema epistemológico central para Thagard, entonces, consiste en explicar el desarrollo de un sistema conceptual determinado y su reemplazo por otro. El autor acude a la idea de red; efectivamente, esa es la expresión que adquiere el conjunto de conceptos que en un momento determinado están vigentes y cuyas transformaciones se explican por las variaciones en las conexiones de la red. Así, Thagard plantea en suma una teoría del cambio conceptual, de los cambios revolucionarios de Kuhn, de los cambios gestálticos, de los cambios por crecimiento. Un sistema (red) conceptual puede cambiar por desarrollo, debido a descubrimientos, o por su reemplazo, debido a descubrimientos.

4. El enfoque epistémico de Ronald Giere (1988) ejemplifica otro caso. Giere es un defensor de la postura según la cual la filosofía de la ciencia cognitiva debe ser el tercer consenso contemporáneo, según lo analicé al inicio de este artículo. Su idea es lograr una teoría de la ciencia cognitivamente unificada. Su teoría une los puntos de la red dados por la ciencia cognitiva, por el historicismo reformulado y por el enfoque sociológico de la ciencia. Así, su idea base es que los elementos centrales del análisis epistemológico no deben ser ni los enunciados ni las “tradiciones” de investigación, sino que los científicos como sujetos epistémicos individuales en cuanto agentes cognitivos. La mente hace representaciones, tesis central de todo cognitivismo; la selección de una teoría es una materia de juicio de un agente cognitivo en cuanto realiza diversas actividades en un sistema social llamado ciencia. Esta teoría cognitiva de la ciencia debe estructurarse sobre la base de tres características esenciales: primero, se trata de una suerte de “naturalización”, pues Giere concibe que dicha teoría debe ser científica. Por ello, su interés se conecta con una postura sociologista: los enunciados sostenidos por un sujeto epistémico son considerados como actitudes cognitivas naturales. En segundo lugar, la ciencia cognitiva es presentada en forma “unificada” (reaparece el viejo proyecto originario del logicismo). Está conformada por un conjunto de disciplinas que participan por igual en la explicación de los conocimientos, esto es, acerca de cómo funciona la mente cuando conoce. Por último, se trata de una teoría descriptiva; no debe poner restricciones a priori de lo que debería ser una explicación útil del fenómeno de la ciencia moderna.
5. Los ejemplos pueden seguir y seguir. En principio, cada problema presentado actualmente en epistemología, cada interrogante en filosofía de las ciencias puede encontrar múltiples posibilidades de respuesta en la malla. Por ejemplo, Daniel Little elabora una filosofía de las ciencias sociales sobre la base de conectar causalidad, explicación y la idea de agentes intencionales, con lo que la “comprensión”, otrora enemiga de la explicación, posee ahora un rol sobresaliente. D. Hull (1988) conecta enfoque evolucionista en epistemología con sociología de las ciencias. Holland *et al.* (1986) elaboran una red entre enfoque cognitivo, inducción, descubrimiento y aprendizaje. Peter Achinstein conecta lógica del descubrimiento con filosofía de la mente y el problema de la explicación.

Sobre la base de estos ejemplos se puede afirmar que la red de problemas, como imagen de la epistemología, posee los siguientes atributos:

- 1) Las conexiones que definen una postura o enfoque epistemológicos, esto es las conexiones especiales de la red, no están dados a priori. No se puede desde antes del análisis mismo de que se trate, afirmar qué conexiones se deben hacer para conformar una teoría sobre un cierto problema de filosofía de las ciencias.
- 2) Las transformaciones que pueda sufrir una teoría epistemológica o las ideas de un autor pueden ser explicadas por el hecho de que se han cambiado, agregado o abandonado las conexiones que definían la teoría o postura en cuestión. Esto, además, ayuda a reconstruir una historiografía de las teorías epistemológicas.
- 3) La red no posee puntos ni conexiones más importantes que otras. No posee, por ende, centro ni jerarquía interna. Solo el interés de un filósofo que elabora una idea sobre cierto problema las hará importante para su propia propuesta.
- 4) Establecer un nuevo enfoque en filosofía de la ciencia significa, entonces, encontrar conexiones distintas en la red de problemas, dar con una subred que no existía. Una nueva idea, una nueva intuición acerca de la naturaleza de la ciencia se desarrolla y llega a transformarse en una teoría epistemológica explicativa solo si logra establecer suficientes relaciones entre nudos de la red (temas, problemas, enfoque, etc.). Establecer un problema nuevo o encontrar una nueva solución a cuestiones ya existentes requiere contar con las soluciones que están disponibles, allí a la mano. Hacer filosofía de las ciencias, según esto, es aunar esas dos instancias: nueva intuición y su conexión con ideas preexistentes. Hoy, al menos, parece muy difícil filosofar a partir de la nada, desconocer lo que está vigente.

#### *IV. Causas de la dispersión y sentido de la idea de red de problemas*

Se pueden indicar dos causas principales del fenómeno dispersivo que he analizado. En primer lugar, es plausible considerar el hecho de que la materia misma de la reflexión epistemológica, esto es, las ciencias, presenta hoy una pluralidad tal que haga difícil pensar en que tal diseminación pueda ser encarada solo con un solo referente. Esta es, seguramente, una causa más bien externa, pero cuya influencia directa sobre la filosofía resulta evidente. Según J. Dupré (1993), la unidad en las ciencias fue durante mucho tiempo, por lo menos entre la mitad del siglo XIX hasta el consenso logicista en el XX, un ideal que había que perseguir a toda costa. Uno de los dogmas, por decirlo así, del neopositivismo fue justamente el de postular la unidad del lenguaje de la empiricidad. Dupré muestra que esa idea de unidad no ha sido inocente (como seguramente ninguna idea lo es); es tributaria de cierta metafísica escondida que él se encarga de develar. Las ciencias han descansado en el supuesto de que el universo es un *Kósmos*, es determinístico y es legalmente ordenado y estructurado, todo lo cual permite que el intelecto lo represente con confianza. Pero, el autor sostiene que tales supuestos son insostenibles: lo que hay es un universo completamente diverso. La metafísica de un supuesto mundo ordenado se basa en tres enfoques: el determinismo,

el reduccionismo y el esencialismo. Es claro que ese trío constituye el soporte de la idea de *Kósmos* en el pensamiento contemporáneo: el determinismo, en especial el de tipo causal, debe suponer que, si ha de inferir el comportamiento de un suceso futuro a partir del conocimiento de instancias conocidas presentes o pasadas, es que la naturaleza es regular, ordenada y uniforme. Pero, desde la cuántica, o las investigaciones de Ian Hacking sobre el azar, por ejemplo, tal idea se ha puesto algo en duda. Sin embargo, reconoce Dupré, ni las ideas del caos ni del desorden han logrado hasta aquí superar del todo al determinismo; a partir del desorden se crea orden (Prigogine) y los sistemas complejos se pueden entender como gobernados por un azar determinístico. El reduccionismo, en segundo lugar, claramente, también es un soporte de la idea del orden fundamental de la naturaleza. Para comprender el funcionamiento de una realidad se la supone compuesta en partes jerarquizadas, ordenadas. Así, el reduccionismo supone jerarquías de teorías donde la de nivel superior es explicada por la de nivel inferior. Está a la vista que tal idea supone pensar en un universo fuertemente ordenado, en el que sucesos de un nivel se explican por elementos de un nivel inferior. Finalmente, el esencialismo supone lo mismo. El mundo contiene clases de objetos, lo cual legitima la clasificación de las cosas. El esencialismo es la postura que afirma que las cosas pertenecen sin ambigüedad alguna a una determinada clase, clase que representa la esencia de esas cosas<sup>3</sup>.

El pluralismo de base postulado por Dupré hace implausibles esos tres pilares del orden y la unidad. Primero, es improbable que haya ciertas entidades universales que permitan que cada cosa deba ocurrir de acuerdo con principios unificados y universales, como afirma el determinismo; segundo, hay igual realidad y eficacia causal de todos los objetos, tanto de los más pequeños como de los grandes, con lo que el reduccionismo no puede aplicarse; finalmente, contra el esencialismo argumenta que no puede probarse que deba haber una forma privilegiada de dividir el mundo en clases (El autor analiza detenidamente la cuestión de las clases y especies en biología). Esto puede explicar el hecho de la constante diferenciación de las ciencias contemporáneas, tanto fácticas como formales. Pero, además, Dupré concluye que, dado el paralelo entre la ausencia esencial de unidad en la naturaleza y en la ciencia, solo puede pensarse en una epistemología pluralista. La dispersión real de la naturaleza no permite una unidad en las ciencias; y ello, a su turno, no permite postular una epistemología regida por un patrón único. Cito a Dupré respecto del sentido del conjunto de su propuesta:

“Finalmente, ofreceré algunas sugerencias esquemáticas acerca de cómo pensar la ciencia en ausencia de unidad. Dado que puede haber muy poco en común en todas las variadas actividades o sistemas de creencias que coexisten bajo el paraguas conceptual de la ciencia, propondré que la ciencia puede ser mejor vista, en la válida frase de Wittgenstein, como conceptos con aires de familia.

<sup>3</sup> Las teorías sobre vaguedad, sobre el pensamiento borroso y lógica *fuzzy* ponen en duda justamente eso: que un objeto pertenezca nítida y completamente a una clase. Ver, por ejemplo, Williamson (1996).

Muchos rasgos son comunes a muchas ciencias. Pero ningún conjunto es definitivo de alguna ciencia. Esto será reconocido como una aplicación a la ciencia del antiesencialismo que defenderé sobre la naturaleza. De acuerdo con este paralelo, y rechazando la posibilidad de algún criterio simple que constituya un cuerpo de creencias como científico y por ello epistemológicamente aceptable, yo también invoco un pluralismo epistemológico” (Dupré 1993, p. 10).

Dupré afirma que ese pluralismo no coincide exactamente con el extremismo de Feyerabend, mas sí concuerda con él en su rechazo al:

“Monoteísmo dogmático de mucha filosofía de la ciencia contemporánea” (Dupré 1993, p. 10).

Ese pluralismo epistemológico revela una “fragmentación” de temas. Hasta algo antes de Kuhn, en un momento postpositivista pero aún prehistoricista, afirma el autor, las teorías de Hempel y Nagel principalmente representaron un “punto alto de optimismo” acerca de la unidad de la ciencia, de su poder racional y fuerte coherencia. Pero:

“Desde entonces, en parte sustancial como un resultado de la influencia de Thomas Kuhn, las cosas se han apartado de eso. Mi asunto presente tiene que ver con varios fragmentos de esta desintegración. Uno de esos fragmentos comprende florecientes áreas de la filosofía de las ciencias que han evitado cuestiones acerca de la ciencia en general y se han enfocado a problemas particulares de disciplinas científicas específicas” ( Dupré 1993, p. 9).

El fragmento en concreto al que se dedica Dupré es el de la filosofía de la biología, sobre todo en referencia a la comprensión de los conceptos de “especie” y de “clasificación”.

En resumen, la tesis metafísica del autor, según la cual el mundo fáctico es una extrema dispersión de contenidos, es el fundamento de su segunda proposición, que afirma que no es posible apoyar la idea de que las ciencias puedan constituir un proyecto unitario. A lo anterior, entonces, se puede agregar que, según tal razonamiento, si la epistemología es la reflexión acerca de las ciencias, tampoco puede presentarse como un proyecto cuyo ideal sea la unidad. Del párrafo recién citado se sigue que concebir hoy una epistemología unitaria, fuertemente consensuada, requeriría que volviese a tener como centro de preocupación algo así como “la ciencia o el conocimiento en general”, tal como ocurriera en su nacimiento moderno.

Una segunda causa de la dispersión, esta vez interna, hay que buscarla en el abandono paulatino del carácter normativo global de la epistemología contemporánea. Si el consenso logicista fue tan fuerte como para dirigir en forma unitaria todas las posturas, determinar claramente todos los problemas considerados importantes y definir qué respuestas debían ser esperables, fue en razón de su carácter normativo. La búsqueda de condiciones acerca de cómo debe ser justificado un enunciado, cuáles deben ser sus condiciones de contrastabilidad, cómo debe ser una teoría fáctica, significó que se terminara por aglutinar toda la investigación en torno a una idea en



especial, en este caso que la epistemología es análisis lógico de un lenguaje empírico portador de conocimiento. Tal normatividad se fue perdiendo a partir del segundo gran referente, el historicista. Justamente la gran crítica que los enfoques postkuhnyanos hicieron a la “concepción heredada”, fue que no podía ser materia de la epistemología determinar cómo debía ser la ciencia, sino más bien describirla. Y por ello se entiende, por tanto, el relevante papel que tomó el análisis histórico por sobre el lógico.

Pero, lo mismo que hay una metafísica de base para postular la unidad de la ciencia, así también parece que hay una metafísica de la unidad para la epistemología que aún sigue vigente y que hace que resulte muy difícil aceptar la idea de que pueda la epistemología seguir siendo tal sin un referente suficientemente fuerte y único. Para Rorty o Taylor, el estado de dispersión lleva derecho a la decadencia. Tal vez haya que remontarse hasta Aristóteles para darse cuenta de que la unidad es el valor racional superior en Occidente, fundamento incluso de los valores de racionalidad y de verdad. O, tal vez, desde antes aún, desde la “unificación” de los dioses dispersos llevada a cabo por Jenófanes, o, también, desde la abstracción máxima, la de Parménides, que unifica todo en la idea de ente. La abstracción condensa en una sola instancia lingüística el mundo burbujeante de las cosas entre las que vivimos. La dispersión de nada sirve; solo lo unitario es fecundo. Tal vez un ejemplo conspicuo de una epistemología contemporánea que más que ninguna otra es tributaria de la metafísica de la unidad sea la teoría de la ciencia de Kuhn. Representa la imposibilidad de pensar que el desarrollo de una ciencia pueda hacerse al margen de un centro único, fuerte y persistente que dictamine lo que hay y lo que no hay que hacer y cómo debe ser realizado.

Stephen Stich (1990) se ha enfrentado, al igual que Dupré, al miedo a la dispersión. Pero, si Dupré pone el acento en la falta de unidad en la naturaleza misma y, por extensión, en la ciencia, esto es, si Dupré ayuda a pensar en la “causa externa” de la dispersión, Stich se centra en la “fragmentación” de la razón misma, en una reflexión que interpreto aquí como explicativa de las “causas internas” del fenómeno. La unidad de la razón, entendiendo por ella la capacidad inferencial en general, su eficacia monolítica, su perfección formal, su aplicabilidad universal, son sometidas a duda por el autor. Se ha creído hasta ahora, afirma Stich, que sin más se puede argumentar naturalmente bien. Dennett y Davidson, por ejemplo, postularon que se debe suponer necesariamente un principio de racionalidad en el sujeto, puesto que de lo contrario no podríamos asignar alguna interpretación a sus *outputs* o adscribir contenidos, creencias, a sus estados mentales. Stich afirma que tal relación entre contenido y argumentación hay que explicarla, no darla por hecho o partir de ella sin más. Su propuesta es, al igual que la de Dupré, un pluralismo cognitivo normativo. Es difícil aceptar lo contrario, o sea, un monismo cognitivo descriptivo, en el que todo sujeto realiza y debe realizar el mismo proceso cognitivo. El pluralismo defiende que los procesos cognitivos pueden ser gobernados por principios esencialmente diferentes y que el argumentar mal es tan natural como hacerlo bien. Stich partió de las experiencias psicológicas llevadas a cabo por Nisbett, en las cuales se concluía la tendencia a la mala argumentación (Stich 1990, ver ejemplos en pp. 4 y ss.). La pregunta era: si se

presentan fallas persistentes en la argumentación de los sujetos sometidos a prueba, ¿están, entonces, mal diseñados los experimentos? La tendencia primera de Stich fue aceptar tal conclusión, pero la repetición extrema en esos y otros tests psicológicos lo llevaron a cambiar su planteamiento.

La razón es fragmentada; y no por ello deja de haber capacidad argumentativa. Solo hay una transformación de aquella, desde una capacidad regida por uno o varios pocos principios válidos para todos los sujetos a una capacidad algo diferente, en que los argumentos dependen de múltiples principios que pueden depender de factores también múltiples. Cuando se propone una actitud teórica así, de ordinario hay que esperar que se le pida que proponga algo a cambio; aceptada la fragmentación, ¿qué nueva unidad vendrá? Stich afirma que él ha sido catalogado como una especie de “vándalo intelectual”, debido a que, simplemente, no le interesa proponer ninguna nueva unidad en reemplazo de los antiguos consensos. Y, a diferencia de los catastróficos, como Rorty, tampoco deduce de esa fragmentación la decadencia inexorable de la filosofía. Se trata de un pragmatismo, el de Stich; y, en tal sentido, aduce el autor, puede ser considerado como relativista, puesto que afirma que un sistema cognitivo es sensible tanto a los valores como a las circunstancias de aquellos que los utilizan. Si bien es obvio que el pragmatismo es un modo de relativismo, Stich afirma que no resulta obvio por qué eso sería malo. No hay argumentos definitivos que lo prueben. Solo desde la normatividad se puede defender que “debe haber” un sistema neutro y universal. Solo para quien afirme el supuesto de la unidad de referentes el relativismo resulta insoportable. Si el problema es que, entonces, no podemos obtener verdades universales sino tan solo particularizadas, Stich responde en términos escalofriantes: “¿Y qué?”. Del “Everything’s go” de Feyerabend, al “So What” de Stich, hay un paso muy corto. El interés de esta postura radica, para los efectos de este artículo, en que el supuesto metafísico de la unidad no es hoy algo universalmente asumido en la epistemología.

Antes de concluir, cabe precisar y resaltar que la idea de malla o red utilizada aquí para tratar la naturaleza de la dispersión, ha tenido una presencia importante en la misma epistemología. Esa es una de las bases del presente análisis. Los ejemplos son bastantes y algunos los hemos considerado ya en la sección III: por ejemplo, U. Moulines y, en general, los estructuralistas y su proyecto de reconstruir la red de teorías que forman una disciplina física determinada; R. Giere y su explicación de las revoluciones conceptuales mediante la explicitación de las redes que forman los conceptos formadores de una disciplina; P. Churchland y su propuesta de entender las teorías ya no como conjuntos de enunciados sino como redes neuronales transmisoras de información. Todo esto, más las características estructurales de la idea misma de red, como un conjunto de nudos interconectados en muchas direcciones, forman la base teórica del tratamiento dado aquí al fenómeno de la dispersión.

## V. Conclusiones

A) Es posible defender la idea de que la filosofía de las ciencias se ha transformado, al pasar desde una disciplina regida hegemonicamente hacia otra que posee una estructura más libre, a la que graficamos como una red de problemas heterogénea, abierta, desjerarquizada y en transformación constante en direcciones no predeterminadas. El estado de dispersión, entonces, no implica la decadencia de la disciplina. B) Una tarea posible para la epistemología actual es, pues, investigar problemas acerca de los conocimientos sobre la base de esa red de problemas. La pregunta, entonces, no es cuál método o cuál enfoque es el que rige, sino a qué enfoque de la red puedo, o resulta más adecuado acudir para responder un problema epistémico específico. C) Así, es posible interpretar las distintas teorías epistemológicas actuales (y, tal vez, las de siempre, aunque esa es una tesis que va más allá de este artículo), como determinadas conexiones en esta red de problemas. Tal tarea de “investigación en la red de problemas” puede tomar, también, un carácter de estudio histórico acerca de una teoría o concepto en particular, mediante la comprensión de cómo se transforman los diversos temas que confluyen a esa teoría. D) Las posturas adoptadas frente a esta alternativa, la catastrófica, que ve en la dispersión una muerte necesaria y la opuesta, que ve en la dispersión solo una transformación, dependen de la actitud que se tenga ante la metafísica de la preeminencia de la unidad.

## Referencias bibliográficas

- Boyd R., Gasper Ph., and Trout J., editors (1993), *The Philosophy of Science*. Cambridge: MIT Press.
- Caplan, Arthur (1990), “Seek and Ye Might Find”, en Wade Savage.
- Churchland, Paul (1990), “On the Nature of Theories: A Neurocomputational Perspective”, en W. Savage.
- Dupré, John (1993), *The Disorder of Things*. Harvard University Press.
- Feyerabend, Paul (1981), “Some Observations on the Decay of the Philosophy of Science”, en Paul Feyerabend, *Problems of Empiricism, Philosophical Papers*, vol.2, Cambridge University Press, 1-25.
- Giere, Ronald (1988), *Explaining Science: a Cognitive Approach*. Chicago Press.
- Goldman, Alvin (1986), *Epistemology and Cognition*. Cambridge: Harvard University Press.
- Holland, Holyoak, Nisbett and Thagard (1986), *Induction. Processes of Inference, Learning and Discovery*. Cambridge, Mass.: The MIT Press.
- Hull, D.L. (1988), *Science as a Process*. University of Chicago Press.
- Kolpokas, Daniel (1999), “¿Superación de la epistemología o final de la filosofía?, La crisis de la filosofía en Richard Rorty”. *Revista de Filosofía*, vol XI, Universidad Complutense de Madrid, 255-285.

- Moulines, Ulises (1982), “¿Qué hacer en filosofía de las ciencias?”, en Moulines, *Exploraciones metacientíficas*. Madrid: Alianza.
- (1991), *Pluralidad y recursión*. Madrid: Alianza.
- Rorty, Richard (1982), *Las consecuencias del pragmatismo*. Madrid: Tecnos.
- (1999), *A Pragmatic View of Contemporary Analytic Philosophy*, texto electrónico, en homepage: yahoo.com/arts/humanities/philosophy/philosophers/Rorty, textos inéditos.
- (1991), *Contingencia, ironía y solidaridad*. Barcelona: Paidós.
- (1989), *La filosofía y el espejo de la naturaleza*. Madrid: Cátedra.
- Savage, Wade, ed. (1990), *Scientific Theories*. Minnesota studies in the philosophy of science, vol XIV, Minnesota University Press.
- Stich, Stephen (1990), *The Fragmentation of Reason*. Cambridge: The MIT Press.
- Taylor, Charles (1995), “Overcoming Epistemology”, en Taylor, *Philosophical Arguments*. Harvard University Press.
- Thagard, Paul (1992), *Conceptual Revolutions*. Princeton University Press.
- Williamson, Timothy (1996), *Vagueness*. Routledge

#### Resumen / Abstract

El artículo examina el fenómeno de la dispersión de la epistemología actual. Se defiende la tesis de que, desde aproximadamente la década de 1980, la filosofía de las ciencias se desarrolla sin ningún consenso o centro hegemónico de ideas que determine sus temas, conceptos y problemas. Ello significa que la antigua disciplina, consensuada y unitaria, ha cambiado de naturaleza y ha llegado a ser hoy una vasta red de problemas, heterogénea y desjerarquizada.

*This paper examines the phenomenon of dispersion in recent epistemology. The author maintains that, since 1975 or 1980, philosophy of science has developed without the guidance of a central idea or a strong consensus which determines its themes, concepts and methods. In consequence, the author holds that the conception of an old unitary epistemology has become today a great broad net of problems, heterogeneous and without hierarchy.*